

El camposanto de Albacete se ha vestido de lujo, en esta espléndida mañana de domingo, con los cipreses cubiertos de blanco, para recibir de nuevo a otro hijo ilustre de la ciudad. Muy cerca de la última morada de Matías Gotor y Perier se encuentra otra, sin lápida, dedicada a «Un vagabundo desconocido»; un poco más acá, la del gran impresor y creador de empresas periodísticas Sebastián Ruiz y López; y en medio la de Antonio Gotor Cuartero, el más ilustre orador que ha dado el foro albaceteño.

Caminando por las avenidas del cementerio, acompañado de Juan José García Carbonell y de Antonio Millán Miralles, comentábamos: ¿De qué hablarán ahora, en el reencuentro feliz, padre e hijo? ¿De San Juan de la Cruz, de Antonio Machado, de Miguel Hernández, de la condesa de Villaleal? Quizás estén ahora todos juntos, ahora que la cronología histórica ya no es obstáculo para ellos, disfrutando de la poesía más dulce y profunda, la que jamás ha podido ser escrita, y que todos ellos se guardaron para una ocasión entrañable y eterna como ésta.

No tuve la suerte de escuchar jamás la oratoria brillante y exquisita, vibrante creo, de don Antonio Gotor Cuartero, pero sí que gocé, en una noche inolvidable, con una magistral conferencia de su hijo Matías, que heredó del padre la maravilla del verbo, y que cautivó a todo el auditorio de la Cueva de la Leña, en Chinchilla, en el Sancta Santorum de Manuel Belmonte y de Carmina Useros, contándonos miles y miles de cosas sobre Antonio Machado.

Recuerdo que una vez terminada la conferencia, en el coloquio amigable que siguió, Matías Gotor y Perier me preguntó cuál de los dos poetas, Antonio Machado o San Juan de la Cruz, me parecía el máximo representante de la poesía española de todos los tiempos. Mi contestación fue rápida como el rayo: Miguel Hernández. Una impertinencia que enseguida me fue perdonada, al asegurar el conferenciante que desde luego Miguel podría ser el tercero de su devoción. Y empezó a recitar sus poemas, y a contarnos cosas tan interesantes sobre el vate oriolano, que podrían haber constituido de nuevo otra magistral conferencia, sin necesidad de preparación previa.

Matías Gotor y Perier es uno de los poetas albacetenses que podríamos considerar con plena justicia dentro del contexto generacional del 36. Ese grupo selecto y exquisito que hace mucho tiempo, en mi «Aportación de Albacete a la literatura española» (1974), bauticé como la «Generación poética de *Agora* y *Altozano*», y de la que formaban parte Eleazar Huerta Valcárcel, Agustín Sandoval, Enrique Soriano, Ramón Castellanos Villoldo, Eduardo Quijada Alcázar y, en la prosa insuperable, José S. Serna. Dentro del mismo contexto generacional, pero sin vinculación con estas revistas literarias, estaban otros poetas albacetenses, también de las generaciones del 27 y del 36, como Mariano Tomás, Huberto Pérez de la Ossa, Francisco Belmonte López, Francisco del Campo Aguilar y Vicente Garaulet. Un gran abanico de nombres, que es preciso estudiar y sacar del olvido, porque todos ellos estaban entonces en la plena vanguardia poética de su momento, y, podrían haber figurado con todos los honores en las nóminas más brillantes de la poesía española.